

Políticas de la lectura: los personajes de *Don Quijote* como comunidades interpretativas

Politics of Reading: *Don Quijote's* Characters as Interpretative Communities

Sarah Malfatti (Universidad de Granada)

sarahmalfatti@gmail.com

RESUMEN

El siguiente trabajo se propone esbozar un estudio de la lectura en la novela cervantina que analice las prácticas interpretativas de los personajes-lectores como miembros de comunidades interpretativas, según la definición de interpretive community dada por Stanley Fish dentro de la teoría literaria definida como reader-oriented. Veremos cómo estos grupos de lectores, con sus propios mecanismos de apropiación y comprensión de los textos y de la realidad, son históricamente y socialmente determinados y utilizan, difunden y canonizan una interpretación concreta que, supuestamente, se tiene que quedar dentro de unos límites que aseguran la no-arbitrariedad de la lectura.

Palabras clave: teoría de la lectura, comunidades interpretativas, prácticas de lectura, Cervantes, *Don Quijote*.

ABSTRACT

The aim of this paper is focused in analysing the practice of reading in the Cervantine novel, through the study of the interpretative practices of the readers depicted by the author in the novel. We can define these groups of characters as interpretive communities, following the definition given by Stanley Fish within the reader-oriented literary criticism. These historically and socially determined communities, with their own appropriation and comprehension mechanisms, usually apply, spread and establish as “normal” a particular interpretation that cannot overlook the limitations of a legitimate and no-arbitrary reading.

Keywords: reading theory, interpretive communities, reading practices, Cervantes, *Don Quixote*.

La lectura en la novela de Cervantes, sobra decirlo, es un tema amplia y profundamente desarrollado e investigado con agudeza por la crítica a través de análisis que, a lo largo de estos celebrados cuatrocientos años de lecturas e interpretaciones cervantinas, han seguido paradigmas distintos. La atención de los críticos no se ha dirigido únicamente hacia el protagonista y su desatada lectura, sino también hacia todos aquellos lectores y odores que llenan la narración. La cuestión, sin embargo, se presta también a otro enfoque, un enfoque que puede contribuir, trascendiendo las fuentes literarias y las referencias intertextuales, a dibujar una historia, una taxonomía de las prácticas de lectura internas a la novela. A partir de esta taxonomía será posible, finalmente, definir las estrategias interpretativas de los personajes como individuos pero sobre todo como miembros de grupos de lectores, grupos que podemos definir comunidades de interpretación, con sus propios mecanismos de apropiación y comprensión de los textos y de la realidad en la que viven.

El eje de la narración cervantina es “el acto mismo de la lectura con toda su fuerza, su potencialidad y su peligro” (Sánchez Trigueros, 2008: 148). Cervantes declina este acto en todas sus vertientes sociales y materiales, tejiendo la historia con un complicado enredo intertextual que se convierte, con la publicación y la lectura de la primera parte, en un juego autorreferencial que transforma al protagonista en el objeto de la interpretación de los demás personajes y de su propia lectura. La práctica asume cada vez más los rasgos de una creación, ya no sólo en el sentido de construcción de significado sino de creación literaria, con los personajes empeñados en el papel de autores en construir nuevas aventuras para futuros lectores.

Estamos hablando de comunidades interpretativas que utilizan, difunden y canonizan una interpretación concreta que, supuestamente, se tiene que quedar dentro de unos límites que aseguran la no-arbitrariedad de la lectura. Vamos a ver entonces qué son estas *communities* (Fish, 1990) y cómo podemos aplicar este concepto a los personajes de la novela, identificándolos a través de las estrategias que llevan a cabo en la interpretación primero de la literatura caballeresca y después, siguiendo el giro metaliterario del autor, de la misma novela que Cervantes les dedica.

Esta es una operación que se lleva a cabo no sólo a través de las referencias literarias diseminadas en el texto, sino porque (como libro de libros), la estructura misma de la novela se rige en el hecho de que hay personajes que, materialmente, leen, escuchan leer, tocan y manipulan libros, cartapacios, los guardan en bibliotecas, en maletas, los compran, lo prestan o los queman. Nos interesa sobre todo conocer el papel de estas comunidades y la manera en que desarrollan, según sus intereses y su conformación social e histórica, su específica visión del mundo. Una visión que aplican, en una descodificación de segundo grado, también a la ficción literaria: son unos lectores que, a pesar de ser ficticios, responden a impulsos reales (no sólo en el sentido de realistas, sino de real como lo puede ser la primera parte de la novela publicada en 1605).

Aplicar las herramientas metodológicas que hemos elegido a la existencia y a la recepción literaria de estos personajes nos parece una vía privilegiada para acercarnos al tema y, a través de ellos, podemos llegar a entender una práctica tan cotidiana, aunque a veces renegada, como era (y es) la lectura (De Certeau, 2012). Una práctica que en su definición no puede prescindir de los vínculos materiales y de las contingencias. A partir de ahí se ha ganado sus propios espacios, su tiempo, modificando las ocasiones y las motivaciones, adaptándose al momento histórico y construyendo sus propios públicos. La historia de los receptores (literarios o no) es una historia apasionante que cuenta infinitas rupturas y cambios, a través de los cuales se puede reconstruir una narración de derechos y prohibiciones al mismo tiempo que una historia literaria.

El público, con sus lecturas distantes y cada una, a su manera, significativa, forja un circuito de creación que, con la ayuda de la tecnología, se transforma de pronto en un mercado dentro del cual el autor tiene que encontrar su lugar, con su talento creativo y sus necesidades económicas. La lectura como *art de faire* (De Certeau, 2012) asume entonces, en la época cervantina y en la inmediatamente precedente como nunca en su historia, unas connotaciones sociales tan amplias que consiguen reunir bajo el techo de la misma pasión a emperadores, reinas, hidalgos y humildes segadores. Los efectos de una lectura insana, encarnados por Cervantes en su inmortal protagonista, forman parte de una preocupación social que necesitará de remedios, admoniciones y castigos: leer puede hacer perder el juicio, puede “secar el cerebro”¹ (I, 1: 30), pero también puede procurar unos conocimientos y unos poderes que las instituciones necesitarán mantener bajo control, creando instrumentos de censura y de castigo que afectarán las costumbres, las creencias y sobre todo la libertad de quien lee. Aquella misma libertad que Cervantes, profesándose padraastro de su criatura, concede a sus propios lectores:

[...] tienes tu alma en tu cuerpo y tu libre albedrío como el más pintado, y estás en tu casa, donde eres señor de ella, como el rey de sus alcabalas, y sabes lo que comúnmente se dice, que «debajo de mi manto, al rey mato», todo lo cual te exenta y te hace libre de todo respeto y obligación, y, así, puedes decir de la historia todo aquello que te pareciere, si temor que te calumnien por el mal ni te premien por el bien que dijeres de ella (I, Prólogo: 7).

Ahora bien, hay que volver un momento para atrás y aclarar un poco el marco teórico: ¿cómo llegamos al concepto de comunidades interpretativas? ¿por qué necesitamos la autoridad de una comunidad para objetivar la interpretación del individuo?

¹ Todas las citas de Don Quijote de la Mancha se sacan de la edición de Francisco Rico (2009). Se indicarán entre paréntesis el volumen, el capítulo y la página.

La perspectiva que adoptamos es la de la crítica *reader-oriented*, y un enfoque como éste implica la centralidad del lector en el proceso de interpretación: simplificando al extremo el recorrido histórico y teórico que lleva a una nueva consideración del concepto de significado, podemos resumir indicando que éste no reside en el texto, menos en el mensaje del autor o en el autor mismo, sino que corresponde a la experiencia del lector.

La necesidad de otorgar al polo receptivo de la comunicación el papel central en la interpretación de un texto y en la construcción misma de su significado, nace de la negación del valor absoluto de la obra de arte y de la definición atemporal de su esencia literaria.

La respuesta nos viene de aquellas teorías que buscan una alternativa al “extremismo textual” de mucha crítica del siglo XX, del New Criticism norteamericano al formalismo europeo. Esta alternativa se construye precisamente en oposición a la concepción de la universalidad del texto, a su inmanencia y su supuesta centralidad en los mecanismos de comunicación e interpretación. Movemos entonces el foco de la cuestión hacia el receptor, y la literatura pasa a ser definida no por sus características intrínsecas sino, primero, como evento producido a través de la interacción entre texto y lector (responsable de rellenar las indeterminaciones textuales) y, finalmente, como producto de la interpretación de este último.

La formulación de esta definición de interpretación necesita los andamios teóricos producidos en el marco del pensamiento post-estructuralista y semiótico (pero con las integraciones que hemos anticipado): hablamos, para citar los más influyentes, de los conceptos de competencia (lingüística, literaria y mucho más. Culler, 1980; 1981a; 1981b), de expectativa (Jauss, 1987), de intertextualidad y de convención. Todos éstos controlan en gran medida la indeterminación de la respuesta estética del lector, su interpretación, sin necesidad de hacer referencia a una unidad predeterminada del texto o, incluso, a las intenciones del autor.

Habrà sin embargo que tener presente otra característica fundamental de este proceso que ya hemos mencionado, es decir, su naturaleza interpersonal, social. Y será precisamente esta característica lo que evitará la deriva semiótica subjetiva de la interpretación, su dispersión. Las reglas que garantizan y justifican determinadas interpretaciones como “válidas”, como “normales”, no forman parte, por tanto, de la naturaleza del texto, no son implícitas dentro de la obra literaria. El sistema de competencias necesarias para concretar de manera aceptable las indeterminaciones textuales tiene una naturaleza social, se define sólo en relación con un grupo concreto de receptores y en un determinado momento histórico. La comunidad, así como la definimos, da además a cada lector los instrumentos para construir no sólo el sentido de un texto, sino para descifrar la realidad. Sin olvidar nunca que los factores extra-textuales no sólo contribuyen a la formación de las competencias comunes, sino que, aunque estas mismas competencias ya se hayan asentados en los receptores, estos factores participan constantemente en el acto de interpretación, influyen de manera necesaria y en cada momento las dinámicas específicas de comprensión.

Consideraremos entonces los lectores cervantinos no sólo para identificar un ejemplo de la función social de la literatura, sino también para entender la variabilidad que caracteriza los procesos de formación del sentido y la relación de estos mecanismos con los factores materiales de la recepción.

Si dejamos el sentido en las manos del autor o en el texto, el riesgo es absolutizar el mensaje, olvidar la perspectiva histórica de la recepción e interpretación de un texto, y también la estrecha relación entre la interpretación y la materialidad del texto mismo. La faceta práctica de la apropiación y la relación material con el libro como objeto son también unos factores que, si consideramos el mensaje y el sentido textual como algo dado una vez por todas y para siempre, perdemos inevitablemente.

Decíamos entonces de la independencia del lector: éste tampoco es un recorrido libre de riesgos. Por ejemplo, si llevamos el concepto al extremo, si “abusamos” de los instrumentos semióticos de análisis, podemos llegar a considerar el lector oyente/espectador sólo como un cruce de códigos intertextuales, como un nudo de competencias, de referencias y códigos que permiten la inteligibilidad, perdiendo su individualidad y su “ser en circunstancias”.

Este lector que ya no es individuo, sino un conjunto impersonal de relaciones, no se adapta a nuestro objetivo, porque ignora voluntariamente una serie de factores que, al revés, parecen imprescindibles. El concepto mismo de competencia, de convención, que es lo que permite la descodificación de un texto, se basa (nos referimos a las competencias no sólo lingüísticas sino más en general culturales y literarias) en su ser compartido, y compartible, entre quien produce el texto y quien lo recibe y, sobre todo, entre el grupo de lectores. Comprender un determinado discurso significa naturalizarlo, llevarlo a un terreno conocido que permita la interpretación: para que el modelo funcione con los personajes tenemos entonces que re-humanizar el sujeto, devolverlo a su individualidad histórica y situarlo en un contexto determinado, aunque lo analicemos como sujeto colectivo bajo la etiqueta de comunidad como reguladora de la lectura, y complementar la noción de competencia como código con los aspectos sociales que conforman las visiones del mundo de los lectores y con los aspectos materiales del acto de recepción. Esto no quiere decir justificar la interpretación subjetiva, en absoluto, ni alguna forma de nihilismo deconstruccionista, porque cualquier interpretación, aún la más aparentemente personal, se inserta en un código social y colectivo que la hace inteligible y justificable a los ojos de los demás receptores.

La conformación y las características de las comunidades como foco de interpretación cambian según se modifican los parámetros generales que rigen y administran al grupo en cuestión (la definición de *interpretive community* que utilizamos es, como ya hemos anticipado, la definición dada por Stanley Fish con respecto a los lectores, una definición cuya fuerza reside en el papel de la comunidad como autoridad interpretativa, como árbitro. Fish, 1990). Los componentes, que siempre e inevitablemen-

te se encuentran en una dada situación histórica, material, y en una comunidad específica, reciben lo que leen dentro del contexto vigente sin poder trascender la interpretación. Y si, por último, ignoran los parámetros comunitarios dominantes, como hace don Quijote, corren el riesgo no sólo del aislamiento interpretativo sino, posiblemente, del aislamiento social y de la ironía, de la parodia.

La necesidad de una objetivación, aunque mínima, de la interpretación, no es algo que se pueda ignorar, sobre todo si nos encontramos con una situación de conflicto interpretativo en el cual es evidente que una recepción es considerada “más normal”, en el sentido de “conventionally agreed upon” (Mailoux, 1982:131), que otra. Estas convenciones colectivas funcionan precisamente como “objetivantes”: están hechas por los hombres pero no son actos individuales. Los mecanismos que conforman los actos interpretativos son expresión de una comunidad. El concepto de comunidad como entidad objetivante, por lo menos parcialmente, resulta decisivo en la definición de lector que adoptamos, es decir como extensión y producto de la comunidad a la que pertenece y en la cual desarrolla su lectura.

La definición dada por Fish de comunidad interpretativa, sin embargo, al dejar un poco a un lado la materialidad del contexto histórico y todas las vertientes sociales y materiales del proceso de interpretación, necesita ser puesta en relación con otros factores externos que incluyan de manera más decisiva las cuestiones políticas y sociales. Una revisión en sentido social y material de este modelo parece entonces encuadrar más exhaustivamente la variedad de grupos de recepción y de lectores descrita por Cervantes, justificando la diferencia de lecturas e interpretaciones. Y para dar cuenta de esta variedad hay que contestar a algunas preguntas, cuyas respuestas nos llevan a aquella posible taxonomía que mencionábamos antes: cómo se lee, si en público o en privado, qué tipos de ediciones llegan a qué tipo de lectores, en qué ocasiones se considera normal la lectura de libros de entretenimiento.

La referencia al aspecto práctico y a su influencia nos lleva otra vez a una cuestión fundamental: la variabilidad de los grupos. A pesar de su función reguladora, de hecho, la comunidad no es algo objetivo y dado de una vez por todas: es un conjunto fluctuante de intereses y objetivos particulares, cuya perspectiva es, por naturaleza, interesada y nunca inocente o neutral. Al mismo tiempo es convencional (hecho que presupone un acuerdo y que aleja el fantasma de la subjetividad) y de naturaleza invariablemente pública: aquella interpretación que sale de las reglas impuestas por la comunidad y no adopta las convenciones consideradas inmediatamente “naturales” será excluida de las lecturas aceptadas, considerada socialmente aberrante. Es interesante a este punto citar también la exclusión social relacionada al aspecto material de la lectura, a su actuación práctica: no es sólo el resultado final “anormal” que ajena al lector no alineado de la comunidad, puede ser también una relación material con el libro fuera de los cánones aceptados. Lo primero que impacta a la sobrina y al ama de Alonso, antes incluso de aquella interpretación que le llevará a hacerse caballero andante, es el aspecto físico de su lectura, su faceta de

actividad aparentemente normal pero llevada al exceso, hasta el punto en que la comunidad no la reconoce y se ve obligada a rechazarla y “curarla”. Así la sobrina de Alonso Quijano explica sus razones al barbero Nicolás:

Mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros, que tiene muchos que bien merecen ser abrasados, como si fuesen de herejes (I, 5: 59).

Alonso Quijano es entonces un lector clandestino, cuya pasión de contornos absolutos se verá obstaculizada hasta la completa prohibición.

Pero ¿por qué se prohibirá? Será precisamente la comunidad, obligada por su misma supervivencia y su propia naturaleza de árbitro, a reducir a la normalidad todas las excepciones: rechazará una lectura que se encuentra totalmente fuera de contexto, y veremos más adelante cómo intentará llevar otra vez a Alonso a respetar los estándares del grupo dominante, parámetros que el hidalgo ha decidido –diríamos conscientemente– de cambiar con otros más adherentes a sus necesidades. Hemos dicho fuera de contexto, y es precisamente esto uno de los factores más importante en el reconocimiento de la que hemos llamado “normalidad”.

Para hacer un ejemplo podemos citar la reacción de la comunidad al hecho de que don Quijote deje a un lado poco a poco todas aquellas actividades que, al revés, deberían de caracterizar su estatus social para dedicarse a algo que, según la convención social, es un mero entretenimiento. En el orden “normal” del mundo, que es precisamente el orden que retratan las convenciones de la comunidad dominante, Alonso quiere imponer una nueva (vieja) visión, en la cual los hidalgos rompen el equilibrio social dedicándose a actividades frívolas, altamente improductivas e históricamente inaceptables. Lo que don Quijote defiende, según su anacrónica voluntad, son los valores de los tiempos pasados, los valores estilizados de los libros de caballerías en contra de las costumbres mundanas y nada honradas de los caballeros contemporáneos:

[...] me fatigo por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la orden de la andante caballería. Pero no es merecedora la depravada edad nuestra de gozar tanto bien como el que gozaron las edades donde los andantes caballeros tomaron a su cargo y echaron sobre sus espaldas la defensa de los reinos, el amparo de las doncellas, el socorro de los huérfanos y pupilos, el castigo de los soberbios y el premio de los humildes. Los más de los caballeros que agora se usan, antes les crujen los damascos, los brocados y otras ricas telas de que se visten, que la malla con que se arman; [...]. Mas agora, ya triunfa la pereza de la diligencia, la ociosidad del trabajo, el vicio de la virtud, la arrogancia de la valentía y la teórica de la práctica de las armas, que sólo vivieron y resplandecieron en las edades del oro y en los andantes caballeros (II, 1: 555–556).

La comunidad lo rechaza, porque siempre rechaza lo que no cabe en su mirada, es decir lo que el grupo percibe como extraño porque completamente ajeno a la situación en la que los miembros tienen que actuar y vivir, completamente fuera de contexto.

Cada recepción es un producto de las circunstancias, un producto de la comunidad en cuanto ella misma circunstancia que hace imposible, en su interior, la incomprensión: el significado está efectivamente ya atribuido, la comunidad posee una verdadera enciclopedia que permite la comunicación y la hace constantemente factible y reproducible. No queremos decir, con esto, que las estrategias interpretativas sigan siendo siempre las mismas, se pueden introducir nuevas categorías o ampliar las antiguas para adaptar la interpretación a un cambio de contexto que, sin embargo, siempre es externo y percibido como tal. Fish no habla necesariamente de una ruptura, pero es evidente que, siendo factores históricos, los intereses y los objetivos de una comunidad no sólo pueden, sino que tienen que evolucionar en el tiempo, y suelen hacerlos de manera social y colectiva.

La historicidad, con todos los consecuentes cambios y ajustes que influyen, plasman y modifican las estrategias de interpretación de las comunidades, es un rasgo fundamental y uno de los datos que más nos concierne: la reacción de los personajes-lectores frente a la literatura, representada sobre todo en la segunda parte por dos protagonistas literarios que son personas de carne y hueso, su actitud frente a estos mismos personajes y su manera de dar forma y sentido a lo que leen, así como al desfase perceptivo de don Quijote, forman parte de un proceso que se modela a través de los inevitables cambios sociales que se verifican a lo largo del tiempo.

Los límites de la que se considera una interpretación aceptable cambian a continuación, ya sea de manera sincrónica (horizontalmente, en el espacio), o de manera diacrónica (verticalmente, en el tiempo), y una nueva estructura emerge y toma forma en una lectura: si la comunidad reconoce esta lectura como algo que sus miembros hacen, ésta llega a ser una interpretación corriente y socialmente aceptada. Está claro que hay interpretaciones contrastantes y hay debate entre distintas lecturas, pero lo que se debate no está en el texto, es una función de la interpretación misma cuyos límites (aunque varios y diferentes), siempre son determinados por la institución (que no siempre, añadimos, tiene porque ser literaria) que autoriza un número controlado de estrategias. Es lo que no pasa y no puede pasar a Alonso, cuyas estrategias interpretativas no pueden ser asimiladas por la comunidad a la que pertenece porque son evidentemente anacrónicas, y no pueden competir con la lectura vigente de la narrativa caballerescas, lectura que ha pasado por un cambio de paradigma sustancial con respecto a la interpretación que quiere imponer el hidalgo.

Si consideramos todas las implicaciones culturales que van paralelas al cambio de mentalidad cortesana y a la difusión y recepción material de la literatura de entretenimiento, resulta entonces inevitable para los personajes leer las novelas caballerescas primero y luego a las aventuras de don Quijote de la manera en que las leen: es decir, respectivamente,

como el resultado de la evolución de un género que ha ido cambiando con la sociedad, y como la consecuencia (inevitablemente cómica) de una interpretación de la literatura ajena al contexto y a los parámetros de la comunidad interpretativa dominante.

La interpretación proporcionada por la mayoría de los personajes y no la del hidalgo, es coherente con (y se origina de) un momento histórico bien identificable, con la evolución del papel de la corte, de la clase nobiliaria, de la misma caballería andante como factores de una revolución cultural que ha cambiado los parámetros de significación: estos factores, que conforman uno de los ejes del cambio diacrónico de las estrategias interpretativas, se suman a otro tipo de convención literaria, una convención que va más allá de las competencias genéricas que los lectores tienen sólo por el hecho de formar parte de la comunidad. Nos referimos a aquellas convenciones de lectura que se desarrollan al interno de una obra específica y se asientan como reglas básicas, y comunes, para la recepción de esta determinada obra literaria.

El rechazo por parte de una comunidad de una lectura tan desatada y fuera de contexto, o por lo menos fuera del contexto vigente, se comprende, en nuestra opinión, si asumimos que las estrategias producidas por la comunidad no son funcionales sólo a la comprensión y a la interpretación del discurso literario y de los mundos ficcionales, sino que tienen como prioridad también descifrar y entender el mundo real. Alonso lee sus novelas a través de unas estrategias que son productos de una diferente ordenación del mundo y de diferentes valores morales, económicos y culturales: permitir y hacer legítima una tal interpretación quiere decir también legitimar una determinada visión del mundo que es como mínimo incoherente, e incluso puede ser subversiva de los valores vigentes.

La parodia a través de la cual don Quijote es interpretado por muchos de los personajes-lectores, que evidentemente comparten entre ellos un código (unas competencias y unas convenciones interpretativas) que les permiten la manipulación de los acontecimientos, es una expresión del cambio de los ideales y de las prácticas materiales de vida. Es la distancia irónica que, como lector leído, instiga en los demás receptores, que “desmitifica al héroe caballeresco al explicitar su anacronismo” y al mismo tiempo “desmitifica también el orden social mismo que sustenta la mentalidad feudal y su imaginario social” (Gómez-Moriana, 2013: 21).

Es este *décalage* (Bourdieu, 1991) entre la realidad que quiere recrear y la que los demás están efectivamente viviendo que lleva a la exclusión social de un intérprete que quiere utilizar unos instrumentos inadecuados a la coyuntura histórica, sin darse cuenta que la única manera en la que su misión pueda ser aceptada es a través del filtro literario de la parodia, única justificación para una recepción que, si es tomada en serio, comprometería el orden social establecido y dominante. La única salida será abandonar sus estrategias interpretativas y caballerescas, renegar de Amadís y con él de “su propia realidad literaria” (Paredes, 2015, en prensa). Pero también su naturaleza de lector, de sujeto deseante e intérprete

de un mundo descubierto gracias al encuentro con sus héroes, con su doble de papel, sus lectores y, en última instancia, con su versión apócrifa.

La interpretación hecha por Alonso de las novelas de caballerías en general y de su historia en particular es sin duda atípica, y lo es en relación con el contexto de las demás interpretaciones: el contexto al que el hidalgo reconduce sus lecturas, y por el cual sus lecturas son inducidas, no es ya el contexto vigente, en el que han sobrevenido aquellos cambios sociales, incluso morales, que invalidan no sólo su lectura sino su entera esencia y manera de dar sentido al mundo.

Bibliografía

Acosta Gómez, Luis A. (1989). El lector y la obra: teoría de la recepción literaria. Madrid: Gredos.

Bourdieu, Pierre (2012). *Bosquejo de una teoría de la práctica*. Buenos Aires: Prometeo.

Cervantes, Miguel de. (2009). *Don Quijote de la Mancha* (Edición de F. Rico). Madrid: Santillana.

Culler, Jonathan (1981a). *The pursuit of signs. Semiotics, literature, deconstruction*. Itacha: Cornell University Press.

— (1981b). Literary competence. En Tompkins, Jane P. (Ed.). *Reader-Response Criticism* (pp. 101-117). Baltimore: Johns Hopkins University Press.

— (1980). Prolegomena to a Theory of Reading. En Suleiman, Susan R.; Crosman, Inge. (Eds.) *The Reader in the Text. Essay on Audience and Interpretation* (pp. 46-66). Princeton: Princeton University Press.

De Certeau, Michel (2012). *L'invention du quotidien. 1. Arts de faire*. Paris: Gallimard.

Fish, Stanley (2011). *How to Write a Sentence and How to Read One*. New York: HarperCollins.

— (1990). *Is There a Text in This Class?*. Cambridge: Harvard University Press.

Gómez-Moriana, Antonio (2013). Crisis de valores y conciencia de cambio en *Don Quijote de la Mancha* y *El Burlador de Sevilla*. *Impossibilia*, 5. 13-31.

Iser, Wolfgang (1987). La interacción texto-lector: algunos ejemplos hispánicos. En Rall, Dietrich. (Ed.) *En busca del Testo. Teoría de la Recepción Literaria* (pp. 351-364). México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

— (1980). Interaction between Text and Reader. En Suleiman, Susan R.; Crosman, Inge. (Eds.) *The Reader in the Text. Essay on Audience and Interpretation* (pp. 106-119). Princeton: Princeton University Press.

Jauss, Hans Robert (1987). Cambio de paradigma en la ciencia literaria. En Rall, Dietrich. (Ed.) *En busca del Testo. Teoría de la Recepción Literaria* (pp. 59-71). México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.

Mailloux, Steven (1982). *Interpretive Conventions: The Reader in the Study of American Fiction*. Ithaca: Cornell University Press.

— (1979). Learning to Read: Interpretation and Reader-Response Criticism. En *Seven Studies in the Literary Imagination*, 12, 1. 93-108.

Paredes, Juan (2015). De cómo don Quijote dejó de ser cuerdo cuando abominó de Amadís y de la andante caballería, con otras razones dignas de ser consideradas. En prensa.

Rodríguez, Juan Carlos (2003). *El escritor que compró su propio libro. Para leer el Quijote*. Barcelona: Debate.

Sánchez Trigueros, Antonio (2008). El *Quijote* como escenificación de la pasión narrativa y el poder del lector. En Garrido Gallardo, Miguel Ángel; Alburquerque García, Luis. (Coords.). *El Quijote y el pensamiento teórico-literario. Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid los días del 20 al 24 de junio de 2005* (pp. 145-150). Madrid: CSIC.